

del descubrimiento de este continente por Colón, y de la conquista que de él hicieron los soldados de Cortéz: la dominación española por tres siglos, será el objeto de la tercera: el de la cuarta la guerra de independencia; y en la quinta, se dirá la marcha de los gobiernos mexicanos, hasta venir al sangriento desenlace del CERRO DE LAS CAMPANAS.

La primera parte está envuelta en la densa niebla de la antigüedad, lo cual hizo decir á muchos escritores europeos, que era un tejido de fábulas lo que se escribía acerca de los antiguos pobladores de este suelo; pero está demostrado, que los que tal dijeron, ni entendían las figuras en que constaban las historias, y eran además arrastrados para juzgar de aquellos desgraciados habitantes, por la ambición de poseer sus riquezas, después de haberlos cargado con las cadenas de una pesada esclavitud. Los tiempos posteriores ofrecen datos mas seguros para la narración, aunque es tanto mas difícil apreciar en ellos los hechos, por cuanto hay que luchar entre los resplandores de la civilización venida con la religión católica y las desgracias de una madre cautiva en medio de su opulencia, viendo á sus hijos que desde su concepción doblan el cuello, al yugo de una dominación extraña; y apenas tiene México la buena suerte de romper estos lazos, cuando toca á sus puertas el monstruo de la revolución, manchando todas las cosas con su emponzoñado hálito, y desfigurando los hechos con los miserables andrajos del espíritu de partido.

Esta época de nuestra historia á pesar de ser contemporánea, es poco conocida: la guerra civil ha puesto entre nosotros un prisma, en que al siniestro resplandor de las pasiones, se diversifican los objetos; y en el empeño de querer cada partido canonizar sus producciones, encubre la verdad de los hechos, bajo el velo de un mal disimulado engaño. Mientras esto pasa en el interior,

aventureros miserables que afectan hacer causa común en nuestra desgracia, se afanan en el extranjero por cubrirnos de ignominia, sin distinguir el mérito que forma las glorias nacionales; y que á pesar de todo, sobrenada en el embravecido oleaje de nuestras públicas calamidades.

Estas dificultades se salvarán para honor del nombre mexicano y bien de un pueblo, agobiado hasta hoy con tan crecidos infortunios, el día que una pluma hábil tome á su cargo este trabajo. Yo por ahora, me propongo un triple objeto: Sea el primero, despertar esta noble ambición: después, proporcionar en conjunto las noticias mas interesantes de la historia que hoy solo pueden tener las pocas personas á quienes es fácil consultar la multitud de obras en que se hayan dispersas; y por último, procurar que la generalidad, en el conocimiento de la historia patria, tenga el deseo de la prosperidad y engrandecimiento. Nunca puede amarse debidamente un objeto desconocido: y será tanto mayor el amor que se le tenga, cuanto mas se conozcan sus glorias y sus desventuras. Por esto, sondeando el mar borrascoso de nuestras vicisitudes, se conocerá mas á fondo la causa de las miserias que padecemos y en proporción se irá aprendiendo el medio de curarlas, con el cual habremos dado el primer paso en el camino de nuestro bienestar.

Zacatecas, Noviembre 1º de 1869.

*Lic. Ignacio Alvarez.*



## INTRODUCCION

---

El amor de la patria, ese sentimiento que se despierta en el hombre á la vez que la luz de la razon alumbrá su inteligencia, me produjo desde mis primeros años el deseo de penetrar esa lóbrega noche del pasado, donde cien generaciones de nuestros mayores, duermen en el sueño profundo de la muerte. Para conseguir este fin, antes he encontrado muy graves dificultades, que solo se han podido vencer en parte, con el transcurso de los años y el constante esfuerzo de una voluntad decidida: y solo de esta manera he podido proporcionarme algunos datos para conocer los acontecimientos, que eslabonándose entre sí, forman la no interrumpida cadena, desde el punto en que tuvo lugar la dispersion de las gentes, hasta los dias en que vivimos.

Creo cumplir con un deber para con la sociedad de que soy parte, al presentar este trabajo, que ayude á conocer el carácter, usos, costumbres y necesidades de nuestro pueblo, desde su mas remota antigüedad: para

que pueda juzgarse de lo que es capaz; y de las principales causas de ese peso abrumador de grandes desgracias, bajo el que siempre se há encorvado. En todo esto, ninguna novedad voy á presentar, porque ni es posible admitir la originalidad en los trabajos históricos: de suerte, que mi trabajo mas se reduce á ordenar la multitud de datos dispersos, que en su aislamiento pierden la fuerza natural, como sucederia á un todo cuyas partes fueran diseminadas; y presentar los hechos, tales como se hallan en las mejores fuentes.

Muchos escritores han temido perderse en el obscuro laberinto de la antigüedad y apenas se remontan mas allá de los reyes mexicanos: otros han creído á los habitantes de este antiguo pais, no solo diferentes en su gobierno, sino en su origen, resultando de aquí gran confusion en la historia; pero está demostrado por los datos de los mismos historiadores indígenas, recogidos por Boturini y Veytia, que es uno mismo el origen de todos los pueblos: y aunque por haberse dividido en diversos gobiernos variaron tambien algo su idioma, mas no se obró en ellos diferencia alguna substancial en los usos y costumbres, y por esto, bajo una denominacion pueden comprenderse todos los que habitaban en el territorio de nuestra nacion.

Así pues, el pueblo mexicano desde su mas remoto origen, puede considerarse en tres diferentes estados. El primero, desde la fundacion de su primera ciudad de Huehuetlapallam de donde salió la dinastía de los Toltecas, seguida esta por la monarquía chichimeca nacida en el reinado de Xolotl y que á la muerte del tirano Maxtlaton, se vino á refundir en la triple alianza de las naciones acolhua, mejicana y teapaneca, la cual á su vez fuè desvaratada por las armas de Cortéz. Este primer período, que es generalmente llamado el estado de barbarie de los mexicanos, solo lo llamaré yo, el tiem-

po de su gentilidad. No tiene duda, que en él se entregaron los pueblos á un bárbaro antropofaguismo, que siempre será repugnante á todas las naciones que han recibido la civilizacion, en la religion adorable del Hijo de Dios; pero comparado este pueblo con cualesquiera otro del antiguo continente en el estado de idolatría, veremos que no hay razon para este tratamiento, sino en el desprecio con que se ha querido vernos, como un medio de esplotar las grandes riquezas de este suelo privilegiado.

Ni como es posible llamar bárbaro á un pueblo, que tenia establecido su gobierno, con una legislacion admirable por su sencillez y por la profunda sabiduría, con que á la vez de descargar con vigor inexorable el castigo sobre los criminales, estendia un brazo protector para garantizar el hogar doméstico, la moralidad en las costumbres, la defensa de los desvalidos y el desarrollo de todos los conocimientos útiles. El pueblo era naturalmente inclinado á la ociosidad; pero merced á su legislacion, que algunas veces podia degenerar en crueldad, y al respeto de que siempre estaba rodeada la autoridad, emprendieron no solo trabajos comunes, sino que su constancia nos dejó monumentos, que hubieran rivalizado con los pueblos mas laboriosos. Era sóbrio en sus alimentos, sencillo en sus vestidos, afectado hasta la ridiculez en sus adornos, esencialmente hospitalario, podia desprenderse fácilmente de las riquezas, celoso de la familia, muy diligente en la educacion de la juventud, alegre en sus fiestas; y á escepcion del pueblo de México á quien devoraba la sed de conquistas, los demas amaban la paz como un bien inestimable, no haciendo uso de las armas, sino por motivos muy graves y despues de las precauciones, que una bien entendida prudencia, podia exigir para justificar la guerra. Solo su educacion religiosa era supersticiosa, ridícula algunas veces y verdadera-

mente bárbara á causa de sus sangrientos sacrificios; pero este era efecto natural, de la falsedad con que el transcurso del tiempo, fué desfigurando las primitivas ideas que tuvieron de la divinidad y del modo de rendirle culto. Por lo demas, su discernimiento religioso era como despues veremos, mucho menos extravagante que el de los griegos y romanos, los dos mas grandes pueblos del mundo pagano.

En el reinado de Moctezhuma II, llegaron los soldados de Cortéz á las playas descubiertas por el intrépido Colón: la ambicion de estos aventureros (1) combinada con el despotismo que habian desplegado los reyes mejicanos, cambiaron el aspecto político y religioso de las monarquías antiguas de este hermoso país. Los sables de los soldados españoles, cambiaban el aspecto político, derrumbando los tronos indígenas, ahogando las noblezas azteca y chichimeca, en un lago de sangre; y confundiendo á señores y vasallos, los trataron como bestias de carga, relegando al pueblo mexicano á la condicion mas abyecta. Pero sucesivamente fueron viniendo los Las Casas, los Gante, los Motolina y otros muchos héroes, que bajo el humilde sayal traian en su palabra la omnipotencia de la verdad; y con la dulzura y suavidad heredadas de la víctima del Gólgota, al intenso fuego de

(1) En la actualidad el pueblo mexicano, se compone de la raza puramente indígena y la que resultó de la mezcla de esta con la española: esta circunstancia, la comunidad de intereses, idioma y religion que guardamos con el pueblo español, nos obliga al respeto para con él, en mayor grado que para con cualesquiera otra nacion. Mas como en el curso de la historia, hay acontecimientos que no pueden espresarse sino con palabras en que resalte la dureza, debemos comenzar protestando, no tener ánimo de injuriar ni á la nacion española en general, ni mucho menos á los individuos de ella que viven entre nosotros, aun como partes de un mismo todo: y que solo haremos uso de tales espresiones, en cuanto lo exijan la verdad histórica y la necesidad de esplicar los hechos en que estuvieron en contraposicion los intereses de conquistados y conquistadores.

la caridad fundian en el molde de la fe cristiana, la reciprocidad de intereses de todos los pueblos. Esto hizo cambiar el aspecto religioso, en sentido inverso del político, con la inmensa proporcion que guarda el error de la verdad y las densas tinieblas de la mas refulgente luz.

Esta segunda época, vista bajo el punto de vista religioso, puede llamarse la edad de oro del pueblo mexicano, pero bajo el aspecto político no tuvo realmente existencia y todo este tiempo solo fué un largo y penoso paréntesis de su vida como nacion. Y por esto es necesario distinguir, los beneficios que sin cesar recibia el pueblo al influjo de una religion eminentemente civilizadora, de la terrible opresion á que como entidad política lo tenian sujeto la ambicion y el orgullo de soldados ávidos de riquezas, á pesar de los esfuerzos de los héroes de la caridad evangélica y de las benéficas determinaciones, que estos humildes campeones, arrancaron mas de una vez, de los reyes de España en favor de un pueblo oprimido.

Tres siglos de una dominacion estraña, creó una nueva raza donde por unas mismas venas corria confundida la sangre española, con la de todos los pueblos nacidos de la primera monarquía chichimeca en el Norte de la California: pero al fin, las circunstancias políticas de las naciones europeas trajeron como indeclinable consecuencia el término de esta sujecion; y ante la faz del mundo entero fueron reconocidos los derechos de México como nacion independiente.

Al efectuarse este nuevo cambio, renació el elemento político que por tres siglos estuvo adormecido bajo el cepto de los reyes católicos; y en proporcion que fué mas estensa y espedita su accion, disminuyó el elemento religioso. El espíritu de reforma, gastado ya en las naciones de Europa, hacia rápidos progresos en la nacion americana, que nos habia precedido en independerse del viejo continente; y al darnos el abrazo de regocijo por

haber recobrado nuestro ser político, nos comunicó el fuego que ardia en su pecho en ódio á la verdadera religion. Nosotros al recibirlo, aceptamos una tutela moral, tanto mas perniciosa que la física de que nos acabamos de librar, cuanto que estaba envuelto el veneno, bajo la capa de una amistad fingida y encargada de ocultarnos la pérñda política, que tendia á la absorcion de nuestra renaciente nacionalidad. De suerte, que nuestro pueblo en su tercer estado de independencia, ha sido tanto mas desgraciado, cuanto que se han relajado los resortes de la religion que por tres siglos reprimió y enfrenó el codicioso despotismo de los conquistadores: y en cambio de haber hecho trizas el influjo civilizador que en el seno de la nacion, depositaron los varones ilustres que consagraron sus fatigas á nuestro bien, el pueblo bebió en la copa de fermentada fraternidad con que brindó su vecino, la mortífera ponzoña que ha devorado sus entrañas y ha estado á punto de causarle la muerte.

Estos hechos constan en nuestra historia, pero repito que sus páginas andan dispersas: y mi propósito se dirige, á reunir las en un volumen donde la posteridad pueda recorrerlas con una ojeada y aprender al primer golpe de vista, las causas de nuestras desgracias pasadas. Estas están en puntos tan culminantes, que se conocen sin mucho esfuerzo. En el primer período, estuvo la desgracia del pueblo, en que apenas recibió las luces de la verdadera religion, y sin operarios que cultivaran esta mies, pronto los tiernos renuevos de la verdad quedaron ahogados entre las málezas de la idolatría. En el segundo, los trabajadores evangélicos regaron este campo con las aguas vivas de la verdad: la semilla que se habia sembrado hacia muchos siglos, volvió á germinar y dió ópimos frutos; pero el pueblo no pudo utilizarlos del todo, porque su ser político quedó nulificado an-

te la influencia estrangera, que asentó su dominacion en este suelo. En el tercero, y cuando la nacion recobró sus derechos de pueblo independiente, la tutela física la cambió por otra moral: y se ha ido alejando tanto del elemento religioso, que llega ya á tocar el helado fondo del abismo en su anarquía. Solo nos falta pues ensayar un cuarto estado, en que sacudiendo toda opresion estraña, tanto física como moral, sin que en esto lleguemos mas allá de lo que exige la prudencia y el respeto á todos los pueblos con quien formamos la gran familia de la humanidad, pongamos en juego los elementos nacionales, por medio de una union racional, equilibrando al mismo tiempo el influjo del elemento religioso, con el del político y social: y así de esta manera, dejaremos trazado para nuestros hijos, el camino que conduce á una felicidad cierta y segura.

